
Un retrato de Jesús, el Buen Samaritano*

Virgilio Zea G., S.I.**

RESUMEN

La parábola del Buen Samaritano, leída en el contexto de la crítica al compromiso de Jesús con los cobradores de impuestos y los pecadores, es la revelación de una imagen de Dios que invita a la persona creyente a una entrega incondicional en favor del que sufre en la historia. Refleja las tensiones que rodean el ministerio de Jesús y cómo los fariseos entienden muy bien que Jesús rechaza la caricatura que encierra a Dios en el marco de unos preceptos que pueden estar vacíos de amor y ser una negación del Dios que tiene tiempo para el hombre.

* * *

LA PRAXIS DE JESÚS, GENERADORA DE CONFLICTO

Las parábolas del Evangelio de Lucas están indisolublemente unidas a la vida y a la praxis de Jesús. Por eso son más que una enseñanza. Lucas las presenta como dichas por Jesús para justificar su compromiso con el pecador, con los pobres, con los cobradores de impuestos. Este es claramente el contexto de las tres parábolas de Lucas 15, 1-32: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo.

* La parábola del Buen Samaritano fue elegida como primera resolución para fundamentar las once resoluciones siguientes, como dinamismos orientadores al concluir el Sínodo de Santafé de Bogotá.

** Licenciado en Filosofía y Letras y en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma.

Habría que preguntar ¿por qué Jesús pronuncia la parábola del Buen Samaritano (Lc. 10, 25-27)? Lucas la introduce diciendo: «Un maestro de la ley fue a hablar con Jesús y para ponerlo a prueba le preguntó: Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?»

Jesús contesta dando la oportunidad al maestro de la ley de expresar sus más profundas convicciones: «¿Qué está escrito en la ley, qué es lo que lees?» Esta interpelación muestra que no se trata de una pregunta hecha para ver si Jesús conoce el texto de la ley, o para dirimir una polémica de escuelas; la pregunta del maestro encierra una negativa a aceptar que la forma como obra Jesús, acercándose a los pecadores y a los cobradores de impuestos, con la pretensión de comprometer a Dios con su persona y con su obra, sea el camino para alcanzar la vida eterna, plenitud de vida en el amor y la alianza con Dios.

Esta explicación se aclara si miramos algunos textos que en Lucas se pueden entender como programáticos. Su entrada a la sinagoga de Nazaret encierra la orientación clara que da a su historia y el compromiso de quien se considera enviado por Dios y ungido por su Espíritu para «llevar la buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar libertad a los presos, a anunciar el año favorable del Señor».

Como los habitantes de Nazaret no aceptan este programa de Jesús, intentan despearlo desde el monte sobre el que estaba construido su pueblo.

Juan el Bautista, considerado precursor de Jesús, no entiende su predicación ni su praxis. Ellas contradicen la forma como Juan anunció el juicio de Dios sobre todos los estamentos de Israel (Lc. 3, 7-17): no bastaba con ser descendiente de Abraham; era necesaria una conversión profunda, compartir con los pobres los propios bienes, practicar la justicia. Negarse a aceptar el llamado a la conversión equivalía a enfrentar el juicio de Dios.

Porque no comprende el anuncio de la misericordia de Dios para con los pecadores, Juan envía a Jesús a dos de sus discípulos para que le pregunten:

¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? En aquel momento Jesús curó a muchas personas de sus enfermedades y sufrimientos... y dio la vista a muchos ciegos. Luego les contestó: «Vayan y díganle a Juan lo que han visto y oído. Cuéntenle que los ciegos ven, los cojos andan... y a los pobres se les anuncia el mensaje de salvación. ¡Y dichoso aquél que no pierda su confianza en mí!» (Otros traducen «dichoso aquél que no se escandalice de mí»).

Era fácil encontrar un motivo para escandalizarse de Jesús y de su conducta; por salvar a una mujer enferma desde hacía muchos años trasgredía la observancia del sábado, el día del Señor (Lc. 13,10). Su enfermedad, en la teología de entonces, mostraba que ella estaba atada por el poder de Satanás. Pues bien, para Jesús,

«¿acaso no se la debía desatar en el día de reposo? A ella a quien Satanás tenía atada con esta enfermedad desde hacía dieciocho años». Para Jesús era claro que si Satanás había esclavizado a la mujer por tanto tiempo, el poder amoroso de Dios era la única forma de conseguir su liberación. Y era consciente de que cuando obraba comprometía a Dios con lo que hacía. Por eso rechaza como hipocresía la crítica del jefe de la sinagoga que dijo a la gente: «Hay seis días para trabajar; vengan en esos días a ser sanados, y no en el día de reposo.»

La escena de la curación del hombre de la mano tullida realizada en sábado y su consiguiente integración en la alianza con Dios expresada por la orden que le da Jesús —«Levántate y ponte ahí en medio»— encerraba para los judíos esta clara pretensión de Jesús. Al prescindir de la observancia de los sacrificios que se debían ofrecer en la sinagoga, al margen de las observancias de los ritos exigidos por el culto, Jesús restituye al hombre a la Alianza de Dios, compromete con su obra un Dios misericordioso, capaz de perdón y libre ante el sábado y las observancias, cuando se trata del bien del hombre. El gesto realizado por Jesús no era nada inocente. Por eso: «Los otros se enojaron mucho y comenzaron a discutir qué podrían hacer contra Jesús.» (Lc. 6,11). El evangelista Marcos es más tajante: «Cuando los fariseos salieron, comenzaron a hacer planes con los del partido de Herodes para matar a Jesús.» (Mc. 3,6).

Se entiende aún mejor la pregunta del maestro de la ley, en Lucas 10, 25-26 —«¿Qué debo hacer para tener vida eterna?»— si se cae en cuenta de que es la misma pregunta que le dirige uno de los jefes de Israel (Lc. 18, 18ss). A éste, Jesús le responde con dos enunciados: «¿Por qué me llamas bueno? Bueno solamente hay uno, Dios.» Es una clara confesión del monoteísmo de Jesús. Luego lo alaba, porque el jefe ya conoce los mandamientos, todos ellos ordenados hacia el respeto del prójimo y sobre todo, los ha observado desde su juventud.

De igual manera, el maestro de ley es alabado por Jesús (Lc. 10, 27-28) cuando responde diciendo que el camino para obtener vida eterna, se concreta en dos mandamientos: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... y ama a tu prójimo como a tí mismo». A esta magnífica interpretación del maestro de la ley Jesús comenta: «Has respondido bien. Si haces eso, tendrás vida.»

Ahora bien, al responder al jefe, que le dice que ha cumplido los mandamientos desde su juventud, Jesús que había afirmado inicialmente su monoteísmo radical, lo invita: «Ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, así tendrás riquezas en el cielo. Luego ven y sígueme.» (Lc. 18,22). Es decir, hay dos caminos para obtener la vida eterna. ¿Serán dos perspectivas que se conjugan armónicamente? La vida eterna se puede obtener por el amor incondicional a Dios y al prójimo, cuya

medida sería lo que querríamos que hicieran en favor nuestro, o repartiendo el dinero a los pobres, para encontrar la propia libertad en el seguimiento de Jesús. Si se estudia bien Lucas 16, 13-14 o Mateo 6, 24, este seguimiento de Jesús equivale a la disyuntiva que ahí se plantea: no se puede servir a dos señores; no se puede servir a Dios y al dinero.

Parece que la sugerencia es muy clara. Seguir a Jesús equivale a encontrar el camino del amor de Dios y del prójimo. Vivir la misma praxis de Jesús y una entrega incondicional a su persona, es el camino para la vida eterna.

¿Cómo es posible que por el seguimiento de un hombre, Jesús, se obtenga la vida eterna y que este seguimiento sea el camino de la verdadera libertad?

UNA NUEVA PREGUNTA «¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?»

El maestro de la ley, en la parábola del Buen Samaritano, insiste con una nueva pregunta, cargada de contradicciones (Lc. 10, 29): «¿Quién es mi prójimo?» Si acaba de afirmar que el amor de entrega total a Dios y el amor al prójimo como a uno mismo, es el camino de la vida eterna, ¿por qué pregunta ahora «quién es mi prójimo»? Si él estuviera malherido a la vera de un camino, a punto de morir, querría que cualquiera que pasara por el mismo camino se compadeciera de su sufrimiento, de su angustia, y lo auxiliara.

En Lucas (6, 27-36) Jesús se dirige a quienes lo escuchan. Entre ellos hay judíos, orgullosos de ser hijos de Abraham, de la observancia de todas las prescripciones judaicas; también hay romanos, griegos, toda clase de gentes. Es el escenario apropiado para hacerles comprender lo que implica ser judío, es decir, participe de la alianza con Dios. A ellos les presenta el que para Jesús es el prototipo de hombre, alguien capaz de amar a sus enemigos, de dar a cualquiera que nos pida una ayuda... por un motivo: «Hagan ustedes con los demás lo que quieren que los demás hagan con ustedes.»

Es interesante cómo, después de estas palabras, Jesús establece un contraste claro. Si ustedes, los que se consideran hijos de Abraham, hijos de Dios, «solamente aman a los que los aman ¿qué hacen de extraordinario? Hasta los pecadores se portan así». Y termina lanzando un desafío: «Ustedes deben amar a sus enemigos y hacer bien y dar prestado sin esperar recibir nada a cambio... así será grande su recompensa y así serán hijos del Dios altísimo... sean ustedes compasivos como también su Padre es compasivo.»

En esta perspectiva la pregunta «quién es mi prójimo» carece de sentido. Si el camino de la vida eterna es un amor universal, sin discriminaciones, si este

mandamiento se ha de entender desde mi propio sufrimiento, si la medida de mi amor debe ser el Dios compasivo de quien soy hijo, ¿cómo no amar como este Dios?

EL SAMARITANO, PARÁBOLA DE DIOS Y DE JESÚS

Desde este contexto se entiende por qué Jesús narra la parábola del Buen Samaritano (Lc. 10, 30-35); ésta radicaliza la incoherencia de quien sabe muy bien cuál es el camino de la vida eterna—que es alabado por Jesús por su excelente respuesta—, pero abandona a su suerte a un hombre (hijo de Dios), judío que bajaba de Jerusalén a Jericó, después de haber cumplido con todo lo prescrito para expresar el amor a Dios entre los fieles judíos. En su camino cae en manos de ladrones. Estos hombres cuyo dios es el poder, cuya ley, la del más fuerte, lo despojan de sus pertenencias y lo abandonan, mal herido y a punto de morir. (Sería una clara violación de los derechos humanos. Hacen víctima de su violencia a un ser indefenso, incapaz de responder a la violencia del más fuerte). El herido siente los pasos de otras personas: dos sacerdotes creyentes, cuidadosos en honrar a Dios con el culto del templo, quienes van por el mismo camino. Las esperanzas de ser auxiliado se desvanecen cuando ellos, después de verlo, dan un rodeo y siguen de largo.

Trágicamente, su forma de entender a Dios no les permite sentir que Él los interpela desde el dolor del herido. Encerrados en la observancia de unas reglas (comparar con Lc. 15, 29-30), obran como el hijo mayor de la parábola del Padre Compasivo. Éste siempre ha cumplido todo lo ordenado y desde la justicia que cree brotar de su obediencia estricta, siente que debe condenar la misericordia del Padre que ha perdonado al hijo «que ha malgastado tu dinero con prostitutas»; tiene aún un motivo más fuerte: ese señor, al que nunca llama padre, ha celebrado una fiesta por haber recobrado a ese perdido, al que no reconoce como hermano; por este motivo considera al padre culpable de los pecados cometidos por él; culpable porque respetó la libertad de quien quiso alejarse de la casa del padre.

El estricto cumplimiento de unas reglas no permite una relación amorosa con Dios, tanto a los sacerdotes como al hermano mayor (Lc. 10, 31 y Lc. 15, 29), los hace sordos a los clamores y al sufrimiento del herido o del hermano. Más aún, para ellos el herido y el hermano menor son los únicos responsables de su desgracia. Nadie corre la suerte del herido si no es por sus pecados y como castigo de Dios. ¿Qué imagen de Dios y qué carencia de compromiso humano se esconden en los sacerdotes y el hermano mayor?

«Pero un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, al verle sintió compasión.» En el herido encontró el llamado angustiante de Dios y el mismo amor de Dios lo hizo vibrar con su dolor, sintió compasión por él. Este amor (gracia) es

un fuego que lo consume internamente porque nadie lo ve, nadie lo obliga a comprometerse. Y comprometerse entraña un riesgo: si los bandidos vuelven al mismo sitio, harán con el samaritano lo mismo que hicieron con el herido.

Jesús describe las acciones del samaritano; ellas armonizan el conocimiento de la ley del amor que lleva impresa en su corazón, con la realización de lo que ella implica: le cura sus heridas, lo monta en su cabalgadura, mientras él sigue a pie incomodándose por el herido. Lo cuida toda la noche y a la mañana siguiente se despoja del equivalente de dos días de salario de un obrero para pagar al dueño del hotel por la atención al herido. No le basta con haberlo cuidado; contagia a otros su amor y su compasión. Más aún, promete que volverá y pagará lo que haga falta (Lc. 10, 34-35).

¿QUÉ IMAGEN DE HOMBRE REVELA EL SAMARITANO?

Después de haber presentado la parábola, Jesús tiene una pregunta para el maestro de la ley: «¿Quién se hizo prójimo del que cayó en manos de ladrones?» El maestro de la ley contestó: «El que tuvo compasión de él» (Lc. 10, 36-37a). Habría sido muy difícil, quizás embarazoso decir, «el único que tuvo compasión de él fue un samaritano». En esta forma habría reconocido su incoherencia. El sabía muy bien cuál es el camino de la vida eterna; sabía muy bien que el mandamiento del amor rompe las barreras que nos separan a los hombres si el amor a Dios y el amor al prójimo tienen como medida la compasión que yo esperarí ejercieran para mí los transeúntes, si yo estuviera herido a la vera del camino.

Reconocer que «el samaritano se hizo prójimo del que cayó en manos de ladrones» equivaldría a darle un sí incondicional a la forma como Jesús estaba realizando su camino hacia la vida eterna, hacia Dios. Hacer lo mismo que hizo el samaritano –como lo insinúa Jesús– implicaría corregir totalmente una concepción de Dios centrada en el culto, en el olvido del hombre, en la subordinación de éste a una regla que se puede cumplir sin que toque el corazón del que ofrece los sacrificios y el culto, el hombre mismo.

Para Jesús es claro que dejar a un lado unas reglas para ayudar al que sufre, al pecador, o al cobrador de impuestos, no mancha el corazón del hombre ni implica un pecado ante los ojos de Dios. No cumplir estas reglas no hace al hombre bueno ni malo (Mc. 7, 1-13). Para Él, lo que sale del corazón del hombre sí lo hace impuro o, al contrario, agradable a Dios; y del corazón del samaritano había nacido el compromiso con el herido, la capacidad de arriesgar su vida por él, de despojarse de sus bienes para auxiliarlo.

El contexto de la parábola se amplía si se estudian los versos anteriores (Lc. 10, 21-24). «En aquel momento, Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos. Sí, Padre porque así lo has querido.»

Este texto, situado por Lucas antes de la parábola del Buen Samaritano, presenta ésta en una nueva luz. Los sabios y entendidos no comprenden el por qué de la praxis de Jesús. Por eso no es extraño que si a Juan el Bautista, el profeta austero, lo consideraban endemoniado, al Hijo del hombre lo llamaran glotón y bebedor, amigo de gente de mala fama y de los que cobran impuestos para Roma (Mt. 11, 18; Lc. 7, 33-35).

En otro sitio de su Evangelio Lucas formula, por labios de Simón el fariseo, una acusación muy clara contra Jesús. Simón consideraba que si Jesús, a quien había invitado a cenar en su casa, fuera profeta, debería haber arrojado lejos de sí a la pecadora que le regaba los pies con sus lágrimas (Lc. 7, 39). Jesús, al aceptar las caricias de la mujer ¡se hacía cómplice de la invitación a prostituirse en público! Y esta condena de Jesús como pecador público, muestra que Simón no quiere entender ni aceptar que Jesús, al compartir la mesa con los pecadores y al celebrar con ellos la alianza de Dios (y esto al margen de las reglas y del culto), está revelando el rostro misericordioso y cercano del Padre.

Este drama de la incompreensión de Jesús por parte de los fariseos lo explica Aquél al hablar con sus discípulos y decirles a ellos solos: «Dichosos quienes ven lo que ustedes están viendo; porque les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver esto que ustedes ven, y no lo vieron; quisieron oír esto que ustedes oyen y no lo oyeron.»

Sin duda estas palabras de Jesús se refieren a un compromiso con los pecadores, reflejo del amor misericordioso de Dios. En esta perspectiva, la conducta del buen samaritano es el mejor retrato de Jesús; el samaritano es el único que encuentra a Dios en el dolor del herido, el único que se compromete con Él y hace verdad la unidad del amor a Dios y al prójimo como a uno mismo.

Por esto, al final de la parábola del Buen Samaritano, con la invitación «pues ve y haz tú lo mismo» (Lc. 10, 37b) que dirige al maestro de la ley, Jesús está afirmando que el camino para alcanzar la vida eterna es triple: obrar como el samaritano; unir en la propia vida el amor a Dios y el amor al prójimo desde la medida del amor y las expectativas personales o, finalmente, dejarlo todo para seguir a Jesús. Ahí se condensa la teología de Lucas: si Jesús es el revelador del

amor misericordioso de Dios, y su entrega según el modelo del buen samaritano es lo que se debe hacer, es el camino que se debe transitar para tener vida eterna. Entonces nuestro seguimiento de Jesús será también la forma de construir en la historia a los hombres según el corazón de Dios.